

Ponencia: Pedagogía y didáctica

Propuesta desde un encuentro de ideas pedagógicas: Rousseau y Freire

Jeannette Arrieta Molina

La intencionalidad de esta ponencia gira en torno a los conceptos de libertad y educación, presentes en el pensamiento del filósofo suizo Juan Jacobo Rousseau y el del pedagogo brasileño Paulo Freire, ambos en su concepción de un ser humano comprometido con la búsqueda de una sociedad más humanizada.

Resumen: Desde un análisis comparativo entre filosofía política pedagógica de Juan Jacobo Rousseau y los pedagógicos de Paulo Freire, se pretende llamar la atención sobre la necesidad de incorporar algunas premisas siempre motivadoras, a la temática pedagógica universitaria.

Para tal efecto se ha realizado un estudio de la perspectiva pedagógica de Rousseau, concretamente en su obra *El Emilio* y los postulados pedagógicos de Freire expresados en sus libros *Pedagogía del Oprimido* y *La educación como práctica de la libertad*. A partir de ello me acercaré a los temas de educación y libertad estableciendo una relación con su trascendencia institucional en la formación universitaria pedagógica actual.

Pretendo mostrar la vigencia de los postulados más relevantes del pensamiento político roussoniano en la formación pedagógica propuesta por los métodos de la educación como práctica de la libertad, cuyo precursor contemporáneo más explícito es el pedagogo Paulo Freire, fallecido en 1997.

La superación de la pedagogía “bancaria” y “opresora” propuesta por Freire, nos remite necesariamente a la categoría de educación sumisa e hipócrita, que tanto

criticó Rousseau como causa de la infelicidad del niño, en su *Emilio*.

El proceso de liberación en busca de un mundo mejor compartido, es un aspecto de concordancia entre las inquietudes de ambos pensadores y, por ende, contiene una dimensión política innegable que debe ser transferida, en nuestro contexto, a la práctica educativa con miras a fomentar una conducta solidaria hacia la consecución de los fines más nobles.

En la historia de las ideas pedagógicas, encuentro una permanente influencia del pensamiento clásico griego, en relación con la educación del cuerpo y del alma, que parece arrastrarse hasta la visión más contemporánea, inclusive en la temática rousseauniana. Por otra parte, la influencia de Rousseau es notable en otros pedagogos importantes cuyas temáticas han caído en la praxis educativa de nuestro entorno. Sin embargo, me interesa destacar aquí la influencia concreta del filósofo ginebrino —ubicado dentro de un marco histórico de profundas inquietudes políticas— y en el pensamiento del pedagogo brasileño Paulo Freire, quien propone una pedagogía necesaria ante las grandes contradicciones sociales de nuestra época.

Iniciaré el análisis comparativo a partir del enfoque concreto de las ideas preponderantes en la metodología seguida por Rousseau —estableciendo apreciaciones axiológicas— y según el objetivo sugerido, encaminadas hacia el encuentro con las técnicas de Freire en la “comunidad” de ideas pedagógicas que esto significa.

Naturalismo pedagógico

La convivencia placentera de los seres humanos una vez abandonado irremediablemente su estado de naturaleza, según las argumentaciones de Rousseau, im-

plicaría necesariamente la participación de la buena voluntad y la racionalidad, que hagan posible ese ajuste social. El fenómeno sociopolítico que se concreta en la organización de la sociedad civil, con la participación del ciudadano y al amparo de la ley, tiene su asidero concreto en el pacto social, esto es, en la manifestación más clara de la voluntad general. Este contrato social es la muestra más fidedigna del humanismo perenne en los escritos del filósofo suizo, en donde la reconciliación humana y la dignidad de la persona hacen posible esta organización racional.

Desde esta perspectiva, no existiría otra opción válida para garantizar el progreso del conglomerado social y la satisfacción individual, que el acuerdo tácito que pareciera tener un germen intrínseco en la naturaleza humana, pero cuya manifestación sería absolutamente necesario estimular, en cada uno de los individuos inmersos en este mundo necesariamente compartido. Ese estímulo es fundamentalmente una tarea pedagógica.

De allí que entiendo la necesidad del filósofo ginebrino de incursionar en una temática de la educación que intentara lograr ese cometido exitosamente: preparar a Emilio para incorporarse a su identidad de ciudadano feliz. Para lograrlo es necesario plantearse una metodología que no riña en lo más mínimo con la espontaneidad y la curiosidad innatas, en un proceso natural que estimule la tendencia a crecer reflexivamente por sí mismo. Es por eso que se califican las estrategias de Rousseau como un naturalismo pedagógico.

Libertad y educación en El Emilio

El fundamento pedagógico de Rousseau se resume en una educación para la vida, cuyos componentes más importantes son la felicidad y la libertad. Los impulsos

característicos del ser humano y su necesidad de socialización, deben armonizarse para educar el “yo común” que implica el papel del ciudadano, o lo que es lo mismo, la manifestación de su “ser social”. Es un proceso de educación mutua.

La formación del “hombre natural” requiere de un método que tome en cuenta el respeto a la infancia; que se constituya de manera paulatina, nunca forzada, cuyas enseñanzas se desarrollen desde las sensaciones y experiencias que generarán los conocimientos correspondientes en el encuentro con la realidad. Así, la destreza de “pensar” se desarrollará en la autosuficiencia del placer sensitivo antes que en la memorización inútil. Esto permitirá incorporar las virtudes que faciliten la realización personal y el encuentro social.

Estos postulados de la educación infantil irían encaminados hacia el logro de cimentar adecuadamente los principios para la adecuación de la posterior etapa o “edad de la razón”, que es el paso de la infancia a la pubertad, etapa determinante en la formación del hombre como sujeto de la sociedad.

La educación es arte y es hábito. Su dinámica se realiza desde la naturaleza, desde los seres humanos y desde las cosas. La idea de felicidad o de perfección que la razón nos da, depende de la sensibilidad y la instrucción. Según Rousseau, de la concepción del hombre natural como unidad numérica cuya relación da consigo mismo y con el otro como su semejante, se debe entender el paso hacia la concepción del hombre civil, que se convierte en unidad fraccionaria y cuyo valor está determinado por su relación con el entero que constituye el cuerpo social. De allí que las buenas instituciones sociales son aquellas que saben desnaturalizar al ser humano, esto es, despojarle de su existencia absoluta, entregarle la existencia relativa e incorporar

el yo a la unidad común. Se trata entonces, de la incursión del individuo en la ciudadanía.

Ahora bien, como dijimos, al ser una educación para la vida, es necesario enseñarle al discípulo cómo soportar los bienes y los males de esta vida; capacitarle no para soportar la pena, sino para sentirla: esto le permitirá a su vez, sentir más la vida; pues según Rousseau, así será el mundo que le espera al individuo: “El hombre civil nace, vive y muere en la esclavitud: a su nacimiento se le cose en una mantilla; a su muerte se le clava en un féretro; en tanto que él conserva la figura humana está encadenado por nuestras instituciones”¹.

Rousseau critica esa obstinación del ser humano de no disfrutar del estado natural sino más bien de insistir en poner cadenas a la existencia; de ese uso desnaturalizado de constreñir su cotidianidad, inclusive desde su nacimiento, pues el niño: “...estaba menos reducido, menos trabado, menos comprimido en los amnios que lo está en sus mantillas; yo no veo qué es lo que ha ganado al nacer”².

Para Rousseau la familia constituye un valor, al determinar según su eficacia como institución, el futuro del niño, en donde el padre y la madre juegan un papel encaminado a desarrollar en él un sentimiento de “apegarse a algo” y la sensación de la “casa paterna”, sin que por ello se le sobreproteja. Sin embargo, la ausencia de esas experiencias con el entorno, causa el peor dolor, que es el “dolor del alma”. Critica la actitud de “desembarazarse” de la madre al entregar el niño a una nodriza, que es lo mismo dice, que si “se le suspende en un clavo como un paquete de telas”³. Por otra parte, para Rousseau la educación dada por un “padre juicioso” a su hijo, es mejor que la de cualquier preceptor sabio, pues su talento no podrá sustituir al “celo paterno”, además de que el padre debe entregar

“hombres sociables a la sociedad y ciudadanos al estado”⁴. He aquí una tarea política y un compromiso pedagógico.

Sin embargo, motivo importante de su discurso es que Emilio es rico, tiene linaje, pero es “huérfano” pues posee padres muy “ocupados”, por lo tanto, deberá honrarlos, pero tendrá que obedecer a su preceptor quien le brindará los conocimientos. Además, Emilio es un niño vigoroso, requisito importante, pues el mal estado del cuerpo constituye un perjuicio para la “educación del alma”. Además, el preceptor no es un enfermero y si de medicinar se trata, no se debe hacer sino cuando la vida de un niño está en peligro, pues en ese caso, no podrían “hacerle nada peor que matarle”⁵. En este sentido, la higiene, que constituye un hábito, es la mejor medicina y por cierto, las verdaderas medicinas son la temperancia y el trabajo: “...el trabajo aguza su apetito y la temperancia le impide abusar de él”⁶. Y refiriéndose a sanidad, el ambiente que rodea a Emilio no ha de ser demasiado concurrido, en lugares muy poblados el aire es malsano, y no se debe olvidar que en el proceso del aprendizaje el “amontonamiento” es negativo, pues allí... “El aliento del hombre es mortal para sus semejantes”⁷.

Es así, como la observación de las circunstancias que definan el avance del proceso educativo, es de validez incuestionable en esta teoría. Porque ese proceso se inicia de la nada, pero avanza según la capacidad, el gusto, las necesidades y las ocasiones entre otras variables. Hay que tener presente que la primera razón del ser humano es la “razón sensitiva” y por lo tanto, se debe procurar que el escenario sea el “reino de la libertad”. Es allí donde se supera la debilidad que dará paso a la actitud bondadosa hacia la naturaleza y hacia los otros, pues el “dejar hacer” permitirá adquirir la disciplina de limitar los

deseos a las fuerzas. He aquí una alusión interesante al concepto actual de inteligencia emocional.

Las máximas de la metodología roussoniana están comprendidas en el logro del equilibrio entre el uso y el abuso de las fuerzas que ha dado la naturaleza, en brindar el socorro adecuado según el grado de necesidad real a un nivel intelectual o físico y a la capacidad de percibir los signos que distinguen entre lo que es propio de la naturaleza o de la opinión. Debe darse una relación lógica entre el mundo de las ideas y la expresión verbal del sujeto cognoscente. Para Rousseau, el llanto inicial es sustituido por el lenguaje, que va a permitir la percepción real del mundo, y que al evidenciar el sufrimiento descubrirá el camino hacia el humanismo:

“Hombres, sed humanos; este es nuestro primer deber; sedlo para todos los estados, para todas las edades, para todo cuanto no es extraño al hombre”⁸.

La comprensión del concepto de libertad, limitado por las fuerzas naturales, permitirá al ser humano distinguir entre la libertad real y la ilusión, en donde el placer está limitado por el poder. Esto constituye un aspecto pedagógico fundamental: la necesidad de la regulación de la libertad, que se manifestará en la prudencia y en la discreción:

“Estamos hechos para ser hombres; las leyes y la sociedad nos han sumergido de nuevo en la infancia”⁹.

Es por eso que sólo la voluntad general como una fuerza real, podría sustituir la ley, pues reuniría el estado natural y la sociedad civil en la suma de la libertad y la moralidad, lo que daría paso a la virtud.

Aconseja Rousseau, que la primera educación debe proteger al niño del vicio y del error: “No séais pródigos en negativas, pero no las revoquéis jamás”¹⁰. Pues las

virtudes se aprenden en la infancia; y el problema no está en que el niño no tenga conciencia del mal, sino que teniéndola, cometa el error. Por ejemplo, la mentira no es natural a los niños, dice Rousseau, se les enseña a mentir cuando se precipita el proceso al pretender que sean hombres cuando aún son niños, durante el período más peligroso de la vida humana, que se ubica del nacimiento hasta los doce años, cuando la memoria y el razonamiento se encuentran en interrelación: “Antes de la edad de la razón el niño no recibe ideas, sino imágenes”¹¹. Donde imaginar correspondería de alguna manera a ver, mientras que concebir ya implicaría la capacidad de comparar, y allí se establece la distinción entre la realidad y la opinión (doxa).

Cuando se refiere a la capacidad de “adaptación” del niño a las diferentes circunstancias que deparará la vida, es aconsejable que se encuentre siempre preparado para las adversidades; que Emilio sea capaz de vivir en todos los elementos: agua, tierra y si fuese posible –ambiciona Rousseau– aire y fuego. Que sus gustos sean sencillos y por lo tanto universales, que conozca todo ambiente para que nada le produzca miedo ni incomodidad:

“Las gentes criadas demasiado delicadamente no duermen sino sobre plumas; las gentes acostumbradas a dormir sobre tablas, duermen siempre”¹².

El aspecto lúdico en la teoría pedagógica roussoniana, ocupa un lugar preponderante. El aprendizaje acompañado de técnicas de juego es sin duda más eficiente en cualquier disciplina del conocimiento, pues la emotividad afecta positivamente la aptitud infantil en el progreso intelectual. El niño posee destrezas que le permiten percibir detalles del entorno que pasan desapercibidos para los adultos, lo cual le facilita el ejercicio acertado de su voluntad y la reflexión libre y axiológica:

“Si le concedéis lo que os pide, no os dará las gracias, pero comprenderá que ha contraído una deuda”¹³.

Esa misma perspicacia nos llama la atención sobre el cuidado que se debe observar por parte del maestro juicioso sobre la trascendencia de su función educadora. Su labor es realmente delicada pues está siendo rigurosamente “calificado” a su vez por el discípulo, y el futuro de él depende del despliegue de sus mejores cualidades y capacidades, pues los niños son también capaces de: “leer mucho en el espíritu de los maestros”¹⁴ y pueden fácilmente, “descubrir la debilidad de aquellos que les gobiernan”¹⁵. El aprendizaje “extra clase” compite en una alta proporción con la calidad de la enseñanza del maestro en la rutina del aula.

La factibilidad del método de enseñanza está determinada por la utilidad de los conocimientos en relación con lo que le concierne al discípulo y significa una ventaja en su desarrollo intelectual y emotivo. La percepción, la memoria y el razonamiento, determinan un procedimiento lógico en la dinámica del proceso alejado de la constricción, con el objetivo de que los “datos” obtenidos en el mismo, iluminen sus deberes con la serena felicidad.

La adolescencia, según Rousseau, es una etapa particularmente sensible a los esquemas demasiado inflexibles. Es la única época en la vida que se caracteriza por una autosuficiencia de la “razón” y una actitud displicente ante la opinión. El adolescente tiende a ir más allá de sus necesidades elementales por lo que es necesario que distinga la utilidad real de las cosas para desarrollar la prudencia: la “curiosidad bien dirigida es el móvil de la edad a la que hemos llegado”¹⁶.

Se requiere entonces de la adecuación del método pedagógico, cuyos contenidos no olviden las ideas claras y justas, en

un lenguaje sencillo y poco figurado; que le faciliten los instrumentos necesarios para “aprender a prevenir” sin que su comportamiento sea “dócil” y “crédulo”, pues esto podría convertirlo en presa fácil del engaño: “Razón y juicio llegan lentamente; los prejuicios llegan en oleada; de ellos es que es necesario preservarle”¹⁷. Y... “de esta previsión bien o mal regulada, nace toda la sabiduría o toda la miseria humana”¹⁸. Por esto debe enseñársele la mutua dependencia de las relaciones sociales y laborales y la diferencia entre la opinión y la verdad.

El trabajo es la manifestación más clara de la interdependencia y por eso constituye un deber indispensable. De allí se desprende el concepto de igualdad sobre el cual se fundará la necesidad de gobierno y de leyes en la sociedad civil. Todos los hombres son iguales en necesidades; y ello implica que Emilio debe aproximarse al conocimiento de las situaciones que le permitan juzgar acertadamente el buen o mal funcionamiento de la sociedad civil, y así cumplir con su papel de ciudadano en la construcción de una sociedad mejor. Esto implica que sea honesto y útil en el desempeño de su trabajo, pues a pesar de poseer herencia, el aprender un oficio es lo que realmente le dará libertad; pues aún el hombre rico debe su trabajo a la sociedad porque ante todo es hombre. En este contexto, Emilio deberá conocer sobre las artes, el comercio, el derecho de propiedad, la significación de la moneda como “verdadero lazo de la sociedad”¹⁹, y en general sobre conocimientos políticos claros y propicios.

En las tareas laborales, Emilio sabrá equilibrar los “ejercicios del cuerpo” con los “ejercicios del alma” de tal manera que su acción y su pensamiento le permitan tomar distancia ante los conflictos y desarrollar la precaución que le haga dueño de sus conocimientos y a su vez, le permitan tomar conciencia también de su ignorancia.

Emilio cuenta ya con su “propia estimación” que le permitirá estimar a los demás:

“Emilio no es un salvaje a quien relegar a los desiertos; es un salvaje hecho para habitar en las ciudades”²⁰.

En resumen, la adolescencia, “tempestuosa revolución”, requiere de una buena base educativa, pues es la edad en que se definen virtudes trascendentales como la conmiseración y la generosidad, en el descubrimiento de las “miserias comunes” que explicarán la necesidad de reconciliación con la humanidad.

Las máximas acerca de esta “disposición” según Rousseau, se resumen en que existe una tendencia natural en el ser humano, de identificarse con las personas que tienen “más motivos de queja”, de compadecer los males de que no se está exento y de la identificación sentimental con quienes las sufren.

Las características particulares de esta peculiar etapa de la vida que es la adolescencia, requiere por lo tanto, que la formación pedagógica contenga las adecuaciones que entreguen un mensaje de gran calidad al alumno, quien debe recibir una instrucción que lo capacite para cumplir con lo “propio de ser hombre” y adquirir experiencia sin el riesgo del peligro: “Maestro, pocas palabras; pero aprended a escoger los lugares, los tiempos, las personas, y luego dad vuestras lecciones con ejemplos, y estad seguros de su efecto”²¹. El maestro debe advertir las faltas antes de que el alumno caiga en ellas, y si cae no reprochárselo. Nada más eficaz que la expresión: “Ya os lo había yo dicho”²².

Entre los contenidos más importantes del programa pedagógico correspondiente están: aprender a vivir consigo mismo y a “ganarse el pan”; buscar el bien a través de las buenas acciones que

evidencien la posesión de la virtud y por lo tanto la búsqueda de la justicia; desarrollar habilidades de comunicación con los otros, que le permitan detectar las acciones y las reacciones de interés particular en la sociedad civil; además de desarrollar destrezas para prever los acontecimientos y buscar los mejores medios para lograr el éxito: “Nada más apropiado para hacerle prudente que las locuras que observe y no comparta”²³.

Es así como Emilio se hace adulto. Ha aprendido a pensar y por lo tanto ha incursionado en el ámbito de la razón: “...todavía nuestro discípulo pero ya no nuestro alumno...”²⁴. Ya se debe razonar con él de una manera más efectiva, con la confianza que resulte atractiva a su oído.

La política y la moral deben enseñarse juntas. Emilio como miembro de la sociedad y su consecuente deber de cumplir con ella, sabrá dominar sus apetitos y aprenderá a evitar abusos. Será prudente y lúcido también ante la realidad existencial –diríamos hoy– pues deberá enfrentarse al amor de una compañera (Sofía) sin olvidar cuál es la realidad y cuál su quimera; porque deberá tener conciencia de que el verdadero amor en sí mismo es tan sólo eso: “quimera, engaño, ilusión”. En una dimensión crítica de la pedagogía en un ámbito más personal, pero no por eso menos provechosa; apunta Rousseau:

“Se ama mucho más la imagen que nos formamos, que el objeto a que se aplica. Si se viese lo que amamos exactamente tal y como es, no existiría ya amor sobre la tierra. Cuando se cesa de amar, la persona que se amaba permanece idéntica a antes, pero ya no se le ve la misma; el velo del prestigio cae y el amor se desvanece”²⁵. Sin embargo, la autenticidad del sentimiento garantiza en grado importante la validez de la relación amorosa: “No se compra ni el amigo ni la amante”²⁶. Y la reciprocidad de la posesión voluntaria en el amor, da sentido al diálogo amoroso.

Paulatinamente, Emilio deberá tener conciencia de la etapa de la vida que

transcurre y no deberá pretender alterar ese orden cronológico en relación con el tipo de placeres y necesidades que corresponda a cada una, según su naturaleza:

“La vida humana cuenta con otros placeres... corriendo vanamente tras los que huyen, arrebatamos también aquellos que nos quedaban”²⁷.

Antes de contraer nupcias, Emilio debe viajar, leer en el libro abierto a todos los ojos que es el libro de la naturaleza, para conocer los diferentes estados, las lenguas, las instituciones, y para reafirmar los conocimientos adquiridos como la disciplina ante la ley y la capacidad de ser libre, cediendo a la necesidad, lo que posteriormente le permitirá ser libre y trabajar para vivir, pues:

“La libertad no está en ninguna forma de gobierno, está en el corazón del hombre libre, quien la lleva por todas partes con él”²⁸.

Sin embargo, cuando se tratare de cumplir una misión para la patria, Emilio deberá abandonar su vida placentera de pareja. Por otra parte, las “funciones de hombre” de Emilio, se manifestarán de la manera más fidedigna cuando empiece a cumplir su papel de padre, cuyo deber, como ninguno otro quizá, le pertenece.

Paulo Freire y su filosofía pedagógica

La pedagogía de Paulo Freire, donde el ser humano es el sujeto de su propio destino, está compuesta por técnicas pedagógicas encaminadas a la transformación del mundo. Constituye un humanismo pedagógico, por cuanto la conciencia humana se construye a través de un proceso histórico, desarrollando la capacidad de decisión, la necesidad de enfrentar la opción que se requiera dentro del compromiso que implica ser miembro de la colectividad.

Para ello el individuo debe tomar distancia para sentir la realidad desde una perspectiva crítica; ser capaz de pensar y de juzgar, o sea de “descodificarla”. La dimensión antropológica de este “método de concienciación” se evidencia en la relación de los hombres en sociedad, en el diálogo que significa la relación laboral, requisito indispensable para la sobrevivencia, en la “educación en comunión”.

Desde este punto de vista, la praxis inmersa en la existencia implica un nivel importante de reflexión que permita al ser humano armonizar el trabajo y la libertad en un proceso “dialógico”, que es humanización y que abre la posibilidad de “ser más”. Es un proceso de “liberación en comunión” inserto en la realidad.

El miedo a la libertad es el mayor obstáculo para la educación liberadora y esta emancipación, también es obstaculizada por la “sectarización”, que es una forma de fanatismo; por ejemplo, según Freire, el “reaccionario de derecha” es un “sectario de nacimiento”. Asimismo, los “opresores generosos”, a quienes interesa mantener el “status quo” y necesitan de la injusticia para mantener su generosidad, constituyen un grave peligro para la concreción de la libertad: “La falsa caridad de la cual resulta la mano extendida del abandonado de la vida, miedoso e inseguro, aplastado y vencido. Mano extendida y trémula de los desarraigados del mundo, de los condenados de la tierra”²⁹.

Es el dilema de los oprimidos que contradictoriamente alojan al opresor; que se identifican con su contrario: “Son raros los casos de campesinos que, al ser promovidos a capataces, no se transformen en opresores, más rudos con sus antiguos compañeros que el mismo patrón”³⁰.

Solamente a partir de la “pedagogía del oprimido” que es humanizante y liberadora, los oprimidos tendrán conciencia de esa violenta situación, en la praxis transformadora que constituye un “gesto de amor” y un proceso permanente de liberación. Pues la conciencia opresora es necrófila, impulso sádico que convierte al hombre en una pieza del engranaje, produce en él un fuerte sentimiento de “autodesvaloración” y le obliga a refugiarse en el fatalismo asignando su mala suerte al destino. Esto causa que se convierta en un “dependiente emocional” y descuide toda posibilidad de disciplina, y con ello, toda posibilidad de progreso:

“El campesino es un dependiente. No puede expresar sus anhelos. Sufre antes de descubrir su dependencia. Desahoga su pena en casa, donde grita a sus hijos, pega, se desespera. Reclama de la mujer. Encuentra todo mal. No desahoga su pena con el patrón porque lo considera un ser superior. En muchos casos, el campesino desahoga su pena bebiendo”³¹.

En ese estado de cosas, la revolución tiene un carácter eminentemente pedagógico, pues necesita de la relación “dialógica” en la toma de conciencia de sí y de los otros, explicitada en una acción y reflexión en común, que persiga los objetivos necesarios para lograr una conducta autónoma: es el compromiso político que se asume desde la perspectiva del conocimiento adquirido en ese quehacer pedagógico reflexivo.

El planteamiento crítico de Freire al sistema educativo tradicional, se sintetiza en la concepción “bancaria” de la educación. En ese acto de “depositar” contenidos que son solamente retazos de la realidad desvinculados de la totalidad. Es disertación narrativa y discursiva a educandos pasivos. Es “palabra hueca en verbalismo alienado y alienante”.

En oposición a ese estatismo, Freire invita a “pronunciar el mundo” en la propuesta concreta de la “educación problematizadora” que es liberación y esperanza, invención y reinención; es un diálogo que lleva al conocimiento porque incluye el amor al mundo y a los otros en un proyecto conjunto de transformación:

“Ya nadie educa a nadie, así como tampoco nadie se educa a sí mismo, los hombres se educan en comunión, y el mundo es el mediador”³².

Ese proceso pedagógico es posible porque se intenta percibir el mundo críticamente en la dinámica en que se está inserto, desarrollando así la historicidad y tomando conciencia de su inconclusión.

La tarea educativa no corresponde solamente al educador, sino que también es el producto del esfuerzo de cada persona, quien debe perder el “miedo a la libertad” y demostrar que es capaz de participar en la acción transformadora.

Los seres humanos encaminados al logro de su “ser más”, enfrentan las situaciones límites que en esta tesis del pedagogo brasileño, no tienen una connotación de “fracaso” existencial, sino más bien, marcan la apertura de las posibilidades reales de progreso. Esta “situacionalidad” es precisamente la que impele a la visión de la totalidad y en ningún modo de manera “focalista”. Por eso los seres humanos en esta coyuntura, emergen sensibles y racionalizan las necesidades hasta comprender, que deben luchar para dar sentido a la esperanza de un mundo mejor.

Por otra parte, una característica esencial del ser humano es la capacidad de admiración, lo cual le permite objetivar el mundo y transformarlo. Esa transformación es producto de la reflexión y la acción; producto de la praxis.

Educación y libertad en Rousseau y Freire

Es interesante relacionar dos perspectivas filosóficas en contextos históricos tan aparentemente disímiles. Sin embargo, no lo son tanto, pues nuestro objeto de investigación es el ser humano, inmerso en un mundo en el cual se ve obligado a tomar la dirección individual y social, y en consecuencia, a realizar un quehacer educativo que garantice el ejercicio de su libertad.

El filósofo de la Ilustración, nos presenta un procedimiento pedagógico pautado por el maestro, para un ser humano individual que deberá incorporarse posteriormente a cumplir con su tarea social como adulto, analizando de paso el ambiente que rodea cada una de estas etapas educativas. Freire, en cambio, parte del individuo ya inmerso en la colectividad y en la lucha que obviamente encierra nuestro contexto histórico; un individuo que se verá obligado a “ser más” en un mundo en que es oprimido por grandes contradicciones.

El concepto de naturaleza es fundamentalmente roussoniano en este sentido: estado naturaleza en Rousseau implica libertad sin “contaminación”; el hombre nace libre y aunque tenga que humanizarse necesariamente, lleva implícita la protección ante el medio cultural y depende de él. De allí la validez del proceso pedagógico que le permitirá superar ese estado primitivo y acomodarse convenientemente a la dinámica social y legal. La disciplina que se necesita para equilibrar el placer y el dolor presentan una magnitud conflictiva contraria a la del ser humano de hoy, quien es víctima clara de otra forma de opresión.

En la problemática de Freire, el hombre se ve obligado a cada paso, a liberarse de la contradicción del oprimido; es un hecho

real el fenómeno de la proletarianización y por ende, una necesidad constante transformar el mundo y erradicar la violencia. En estas circunstancias el hombre nace libre. Esa es su lucha a causa de su condición de clase social. Mientras el proletariado de Freire se va a liberar a través de una educación dialógica en la que él mismo es protagonista y sus hermanos de clase sus iguales, Rousseau ve a la institución educativa, reformada, con protagonismo del maestro humanista y humanizador.

La educación en Rousseau no es un derecho de todos; funciona de manera privada y elitista, basándose en que es necesario poseer requisitos físicos y mentales para garantizar su eficiencia en el juego del poder político y el rango social, además de abrir la ruta para el éxito personal en la vida. La visión de Freire, enmarcada por situaciones históricas cualitativamente diferentes y en donde el concepto de educación ya ha sido estudiado desde diversos cuestionamientos, la posición es otra: la educación dialógica no es solamente un derecho de todos, sino el único instrumento para la "salvación" de la tragedia social.

La temática pedagógica de Freire encierra un mensaje holístico y está informada de coyunturas políticas y sociales muy recientes. Simpatiza con las ideas existencialistas de la educación, como lo es la circunstancia del "hombre que se hace" a fuerza de la angustia y la nihilidad que descubre en una época conflictiva.

No obstante, es factible encontrar puntos valiosos de convergencia entre ambas teorías pedagógicas.

Se puede afirmar que en ambos se presenta el planteamiento no solamente en el orden de una pedagogía, sino también de una política de la educación y una educación para el ejercicio político que de

hecho se manifiesta en las relaciones sociales, en concordancia con el discurso aristotélico. Rousseau también denuncia la manipulación de los gobernantes, quienes oprimen a los gobernados adecuando las leyes a los intereses políticos de las autoridades civiles y eclesiásticas; sabemos que sus escritos fueron condenados por el Parlamento de París. Sin embargo, su concepto de opresión es absolutamente histórico y muy distinto al de Freire.

El objetivo de la educación para la vida es explícito en Rousseau; y no otra connotación implícita tiene en Freire; pues sin ella no es posible percibir y sentir el mundo en la dinámica de la convivencia y la necesaria solidaridad. La superación de la soledad y la lucha cotidiana van acompañadas de una buena educación para lograr el progreso existencial. En ambos pensadores, resalta la particularidad de que no se trata entonces de mera instrucción, sino de un proceso cargado de contenidos que se extraen de la sensibilidad y la experiencia y son frutos de la reflexión.

También en ambos, la vida es una "carrera" por superar obstáculos, en la cual es necesaria la asistencia que significa el vigor físico y la valentía espiritual en el logro de las metas propuestas. Pero ese desplazamiento debe acompañarse de algunas virtudes indispensables como la solidaridad, la prudencia y la previsión, que son disposiciones adquiridas en los buenos hábitos. Además, comparten la idea de la esperanza como móvil en esta empresa existencial y por lo tanto la intención biófila: la vida como el bien mayor. El retrato de lo que yo llamaría un Freire "rousseauiano" se desprende de la siguiente afirmación: "Los hombres no se hacen en el silencio, sino en la palabra, en el trabajo, en la acción, en la reflexión"³³.

Además, los principios educativos sugeridos por ambos, van encaminados a

producir un ser humano capaz de enfrentar los retos de interés común, con la disciplina y la seguridad de que su protagonismo es gratificante. Y esos principios son definitivamente relevantes en la práctica pedagógica que requiere el mundo contemporáneo. Aspectos como el equilibrio emocional del educando (quien deberá incorporarse placenteramente a un mundo difícil) y el desarrollo de habilidades reflexivas en el encuentro con la realidad, constituyen instrumentos valiosos de sobrevivencia que no pueden postergarse.

En las ideas pedagógicas expuestas podemos percibir rasgos relacionados con la intención novedosa que busca instaurar cada vez más el concepto de inteligencia emocional al proceso educativo, en una tendencia que conjuga amor y rigor en la educación. La siguiente afirmación puede ilustrar la necesidad de una metodología encaminada al cumplimiento de esos objetivos:

“Lo que al parecer, separa a quienes se encuentran en el nivel competitivo más elevado de aquellos que poseen una capacidad aproximadamente igual es el grado en el que, tras un inicio temprano, pueden perseguir durante años y años una ardua rutina de entrenamiento. Y esta obstinación depende de los rasgos emocionales —el entusiasmo y la persistencia ante los contratiempos— por encima de todo lo demás”³⁴.

Esta dimensión disciplinaria en la interacción de grupos humanos que generen soluciones a problemas concretos contemporáneos, como lo son la crisis ecológica y el desequilibrio creciente en la brecha social, es un requisito que debe garantizarse a partir de la educación.

Los valores morales, políticos y económicos urgentes para el modelo de desarrollo social que se requiere, deben surgir de esa inquietud pedagógica que emerge de la gestación de educandos convencidos de su compromiso ético, quienes ingresan al conglomerado social e interaccionan produciendo nuevas pautas de organiza-

ción comunitaria. Freire y Rousseau nos indican importantes rutas para la factibilidad de proyectos pedagógicos indispensables, cada una en concordancia con la época en que a cada uno le correspondió vivir: son dos caminos históricos en la búsqueda de la autenticidad del ser humano, por medio de la poderosa acción educativa.

Notas

1. Rousseau, J.J. *Emilio o de la Educación*. México, D.F.: Porrúa, 1984. Pág. 42.
2. *Ibid.* Pág. 43.
3. *Ibid.* Pág. 44.
4. *Ibid.* Pág. 50.
5. *Ibid.* Pág. 57.
6. *Ibid.* Pág. 58.
7. *Ibid.* Pág. 62.
8. *Ibid.* Pág. 84.
9. *Ibid.* Pág. 91.
10. *Ibid.* Pág. 92.
11. *Ibid.* Pág. 118.
12. *Ibid.* Pág. 145.
13. *Ibid.* Pág. 184.
14. *Ibid.* Pág. 134.
15. *Ibid.* Pág. 135.
16. *Ibid.* Pág. 190.
17. *Ibid.* Pág. 195.
18. *Ibid.* Pág. 202.
19. *Ibid.* Pág. 217.
20. *Ibid.* Pág. 236.
21. *Ibid.* Pág. 265.

22. *Ibid.* Pág. 284.
23. *Ibid.* Pág. 294.
24. *Ibid.* Pág. 365.
25. *Ibid.* Pág. 380.
26. *Ibid.* Pág. 403.
27. *Ibid.* Pág. 405.
28. *Ibid.* Pág. 547.
29. Freire, P. *Pedagogía del Oprimido*. México: Siglo Veintiuno, 1977. Pág. 34.
30. *Ibid.* Pág. 36.
31. *Ibid.* Pág. 61.
32. *Ibid.* Pág. 86.
33. *Ibid.* Pág. 100.
34. Goleman, D. *La Inteligencia Emocional*. México: Litoarte, S.A., 1997. Pág. 105.

Referencias bibliográficas

- Chatelet, F. y otros. *Historia del Pensamiento Político*. Madrid: Tecnos, 1992.
- Freire, P. *La educación como práctica de la libertad*. México: Siglo Veintiuno, 1976.

Freire, P. *Pedagogía del Oprimido*. México: Siglo Veintiuno, 1977.

Goleman, D. *La Inteligencia Emocional*. México: Litoarte, S.A., 1997.

López Y., Alfonso. *Historia de la Educación*. Puerto Rico: Public. Portorriqueñas, Inc., 1992.

Mondolfo, R. *Rousseau y la conciencia moderna*. Buenos Aires: Edit. Universitaria, 1967.

Rolland, Romain. *El pensamiento vivo de Rousseau*. Buenos Aires: Losada, 1939.

Rousseau, J. J. *Emilio o de la educación*. México D.F.: Porrúa, 1984.

_____. *El origen de las desigualdades entre los hombres*. México D.F.: Grijalbo, 1972.

Rousseau, J. J. *Discurso sobre las ciencias y las artes*. México: Editorial Nacional, 1963.

Volpe, G. *Rousseau y Marx*. Barcelona: Martínez Roca, 1969.